

## Manifestaciones del pensamiento y del arte egipcios en el Románico

Mario Agudo Villanueva. Septiembre 2008

### La luz

Cuando los primeros rayos de sol iluminan las aguas del Nilo, la flor de loto abre sus pétalos llena de vida y color, marcando así el despertar de la flora y fauna del milagroso valle que se extiende a lo largo de las riberas de este enorme río. Al llegar el ocaso, como si con la leve extinción de la luz del día se acabara la vida, la flor de loto se cierra en espera de un nuevo amanecer. Este sencillo ciclo natural hizo que los egipcios confirieran, no sin razón, un poder vivificador a la luz y, por extensión, al disco solar, personificado en la figura de Ra, unido posteriormente al carnero Amón, "el oculto", venerado, junto con su esposa Mut y su hijo Jonsu, en Karnak.

La sala de hipóstila de este templo es un bosque pétreo formado por 134 columnas papiroformes, las doce centrales miden 21 metros de altura frente a las laterales, de tan sólo 15. Esta asimetría no es casual, con la diferencia de nivel se crea un espacio por donde la luz incide directamente sobre los capiteles que representan la umbela abierta del papiro, poniendo de relieve el poder vivificador del rayo solar. Por el contrario, los capiteles de las columnas más bajas se mantienen cerrados, pues no reciben el soplo vital del Creador.



No es el único milagro luminoso que nos ofrece el antiguo Egipto. En el templo de Ramsés II en Abu Simbel, en los días equinocciales, a la hora del alba, el sol penetra hasta su sancta sanctorum inundando de luz las estatuas de Amón,

Harmakhis y el faraón. Pasados veinte minutos, el habitáculo vuelve a oscurecerse, sin que los rayos del sol hayan tocado la cuarta figura del conjunto, la de Ptah, dios de las tinieblas.

No nos es lejano el mismo efecto producido en ambos equinoccios en la iglesia de Santa Marta de Tera, donde el sol incide directamente sobre un capitel que representa un alma ascendiendo al cielo, quizás el de la propia Santa Marta o el fenómeno más conocido del capitel de la anunciación de San Juan de Ortega, donde la luz, poderosa e intangible, ilumina a la Virgen María y al arcángel, manifestando la presencia de Dios, que a través de la fecundación de María se hace hombre, participando así de la Creación.

### **El arte sagrado**

Miles de años separan la arquitectura y escultura egipcias de la Románica, pero no es difícil identificar un nexo de unión entre ambas, su carácter sagrado. Los griegos dijeron de los pobladores del Nilo que eran "los más religiosos de los hombres". No les faltaba razón, pues la religiosidad inundaba cada aspecto de su vida cotidiana, que discurría en una tierra llena de contrastes y amenazas, en la que la naturaleza manifestaba el poder de la Creación.

El agua del gran río, con sus periódicas crecidas, proporcionaba vida por doquier ganando terreno al estéril desierto, mientras la luz, como hemos visto, insuflaba su espíritu vivificador haciendo posible el surgimiento de la vida. Como señala Guénon "la naturaleza entera puede comprenderse como un símbolo de la realidad sobrenatural". La observación del orden natural de las cosas, del Espíritu manifestado en los elementos, genera los símbolos a través de los que los egipcios, como tiempos después los cristianos, se acercan al conocimiento de la Verdad Divina.

### **El ciclo solar y el ciclo agrícola**

Las creencias egipcias, en su extraordinaria complejidad, pueden agruparse en dos ciclos, el solar y el agrícola, íntimamente relacionados, como hemos visto. Cada uno de ellos se desarrolló por la vía de la tradición popular y de la tradición sacerdotal, ésta última, de una grandeza espiritual y metafísica incomparable, es la que analizaremos.

El ciclo solar explica como originariamente sólo existía un agua en la que flotaban los gérmenes inertes de todos los seres. Son las aguas del nun, que

se personificó en el dios Nun, pura creación intelectual que simboliza el caos. En el Nun residía el Espíritu, Atum, que en sí mismo era la potencia de las existencias futuras. Éste remontó sobre las aguas para manifestarse en el sol, del que se originó la luz. Atum, diferenciado ya del agua primordial, recibió el nombre de Ra (luego asimilado a Amón, uno de sus atributos, los cuernos, son símbolos del rayo solar).



A continuación, Atum-Ra creó, mediante la palabra, la Gran Enéada, considerada como los miembros de su propio cuerpo. Según los textos sagrados "he creado todas las formas con lo que ha salido de mi boca, cuando aún no había ni cielo ni tierra", por tanto, ninguna cosa existe antes de ser nombrada, he aquí el Verbo Creador. Los dioses creados por Atum rigen el universo por él organizado y sometido a una disciplina y orden al que ellos mismos obedecen y que forman las leyes sobrenaturales, naturales y morales.

El carácter cíclico de los fenómenos naturales llevó a los egipcios a desarrollar otro ciclo, íntimamente relacionado con el anterior, de carácter agrícola. Osiris, gran rey que había sustituido a Geb, dios de la tierra, en el mundo terrestre, enseñó a los hombres la agricultura y les dio el trigo, la cebada y la vid, por ello fue considerado dios de la vegetación y la fertilidad. Celoso de esta prosperidad y bondad, el estéril Seth, su hermano, antigua divinidad del desierto, lo engaña para encerrarlo en un cofre y arrojarlo al Nilo. Osiris se ahoga y aparece en Byblos, Siria, donde fue rescatado por su esposa, Isis, que como diosa maga y encarnación del agua fue capaz de devolverle a la vida. Seth descubre la maniobra de su cuñada y se hace con el cuerpo para descuartizarlo y distribuirlo entre sus cómplices.

Finalmente, Isis consigue reunir todos los trozos, salvo los órganos sexuales, pero gracias a su hechicería y con ayuda de Anubis, Thot y Nephtys, hizo un cuerpo eterno, la primera momia, dotado de vida eterna, pero alejada del mundo terrenal. No contenta con eso, Isis se las ingenió para ser fecundada por Osiris. Fruto de esta relación nació Horus, que terminó por vengar a su padre matando a Seth. Los hermanos Osiris y Seth representan dos principios irreconciliables y complementarios: la vida y la muerte, encarnados en la vegetación. Al fin de su ciclo, las semillas quedan enterradas de nuevo en la tierra, desde donde volverán a germinar para crear vida. Esta relación recuerda el relato veterotestamentario de Caín y Abel, que tiene una gran equivalencia simbólica con el egipcio.

### **Modelos iconográficos**

De la representación del mito de Osiris en el arte egipcio surgieron modelos iconográficos que, cargados de otros sentidos, llegaron a servir como motivos para el cristianismo. Tres son los principales: la lucha contra el dragón, la Virgen con el niño y la psicostasis de San Miguel. Seth es representado con figura humana y cabeza de un amenazante animal, en ocasiones hipopótamo o cocodrilo. En su lucha contra Horus, encarnado por el halcón, se plasma el combate entre el bien y el mal. En innumerables pinturas, relieves o esculturas egipcias podemos encontrar al faraón alanceando a cocodrilos o hipopótamos, encarnadores de fuerzas maléficas, por ejemplo, la estatuilla de Tutankamón conservada en el Museo de El Cairo. Posteriormente, con la llegada de griegos y romanos, esta representación cambia, adoptando formas híbridas que muestran a un caballero con el equipo militar romano enfrentándose a la misma bestia. En el arte copto y cristiano primitivo, se mantiene esta imagen como simbolización de la lucha contra el mal, que se plasma finalmente en el relato de San Jorge y el dragón.

Otra representación muy extendida fue la de la Isis lactante, que podemos ver en múltiples templos, incluso de época grecorromana, como el Mamisi de Edfú. Allí, la esposa de Osiris, sentada en un trono, amamanta a su hijo Horus, protector del faraón, como puede apreciarse en la foto que acompaña al artículo. Aunque el hecho de que la Virgen amamante al niño Jesús es algo natural, no deja de sorprender que esta misma iconografía ya fuera vigente centenares de años antes.

Por último, Anubis, el "perro vigilante", dios de la momificación, acompañaba al difunto en el pesaje del alma, requisito indispensable para acceder a la vida en el más allá. Lógicamente, no hace falta explicar el paralelismo con la escena de San Miguel pesando las almas, pues incluso en la disposición de los protagonistas, es prácticamente idéntica.

Muchos otros aspectos del arte egipcio traspasaron las fronteras espaciales y temporales de la tierra de los faraones, como es el caso del Ankh o cruz de la vida, símbolo de eternidad; el ojo vigilante y protector de Horus, la representación del alma del difunto como un ave o el disco solar que dioses como Re-Horakhty o Hathor portaban entre cuernos sobre su cabeza son algunos ejemplos que nos brinda una civilización de una espiritualidad religiosa y excelencia material inigualables.

### **Bibliografía**

*"Egipto, 7000 años de arte e historia"*, Giovanna Magi. Ed. Bonechi, 2008.

*"Guía del Románico en España"*, Jaime Cobreros Aguirre. Ed. Anaya Touring, 2005.

*"Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada"*, René Guénon. Ed. Paidós Orientalia, 2002.

*"Historia de las Religiones"*, Carlos Cid y Manuel Riu. Ed. Óptima, 2003.

*"El Gran Templo de Egipto, Karnak"*, Nuria Castellano. En revista de Historia National Geographic. Número 5.

*"El Mito de Isis y Osiris"*, Maite Mascort. En revista de Historia National Geographic. Número 21.

*"La Gran Divinidad Egipcia. Re, el Dios del Sol"*, Maite Mascort. En revista de Historia National Geographic. Número 37.

